

ANTROPOLOGIA BALEAR

Los que creemos que cada individuo es único e irrepetible, nos resistimos a la aplicación de estereotipos étnicos para comprender e interpretar el comportamiento humano. La tentación de caer en esquemas reduccionistas a la hora de analizar fenómenos sociales debe ser evitada, so pena de cometer errores de bulto. Sin embargo, hay ocasiones en las que un acontecimiento banal nos sorprende inesperadamente con una de esas pautas evidentes que responden a rasgos antropológicos decantados a lo largo de los siglos por un complejo entramado de características climatológicas, régimen de alimentación, entorno geográfico, avatares históricos, creencias religiosas y herencia genética, cuya esplendorosa realidad resulta imposible negar.

Mi mujer y yo fuimos testigos el pasado domingo de uno de esos episodios reveladores. Nos encontrábamos en la capital de una de las islas baleares, famosa por acoger un amplio público desacomplejadamente no convencional, y, como es lógico, no queríamos volver al duro trabajo cotidiano en territorio peninsular sin adquirir un par de las magníficas ensaimadas y una de las legendarias sobrasadas que allí se elaboran artesanalmente para deleite de propios y extraños. Con este nutritivo propósito, nos dirigimos a uno de los establecimientos más reputados a tales efectos y por cuyo discreto aspecto exterior y pequeño y modesto interior nadie adivinaría la suprema excelencia de los productos que ofrece. Pues bien, una vez instalados en la cola que se alargaba hasta cubrir un buen trozo de acera, vimos con estupor que detrás del mostrador despachaba una sola persona, una señora de mediana edad de aspecto apacible que recorría la corta distancia entre su posición y el taller a sus espaldas con lánguida parsimonia, realizando cada movimiento a cámara lenta, conversando tranquilamente con los clientes, cambiando impresiones sobre el tiempo y la familia cuando le tocaba el turno a algún conocido de la localidad, tomando cada pieza de repostería como si manejara un delicado objeto de cristal, invirtiendo en la preparación de cada paquete varios minutos, cogiendo sucesivamente papel, tijeras, cinta adhesiva y cordel en una serie de cuidadosas operaciones que parecían no acabar nunca, tan despaciosamente se sucedían sin que nuestra serena dispensadora de delicias se inmutara ante la longitud creciente de la hilera de parroquianos insulares o foráneos, en absoluto afectada por su visible impaciencia y su apenas contenida exasperación.

Este dominio absoluto del transcurrir cronométrico de la existencia, majestuosamente ajeno a cuestiones como productividad, maximización del beneficio, optimización de procedimientos y demás exigencias de la economía moderna, nos dejó profundamente impresionados y volvimos a Madrid

sintiéndonos ignorantes, equivocados e irreversiblemente perdidos para el goce de la esencia de la vida y de la verdadera libertad.

Aleix Vidal-Quadras